

# EN LA CIUDAD LÍQUIDA (CABALLO DE TROYA 2017, 6)

Marta Rebón

1

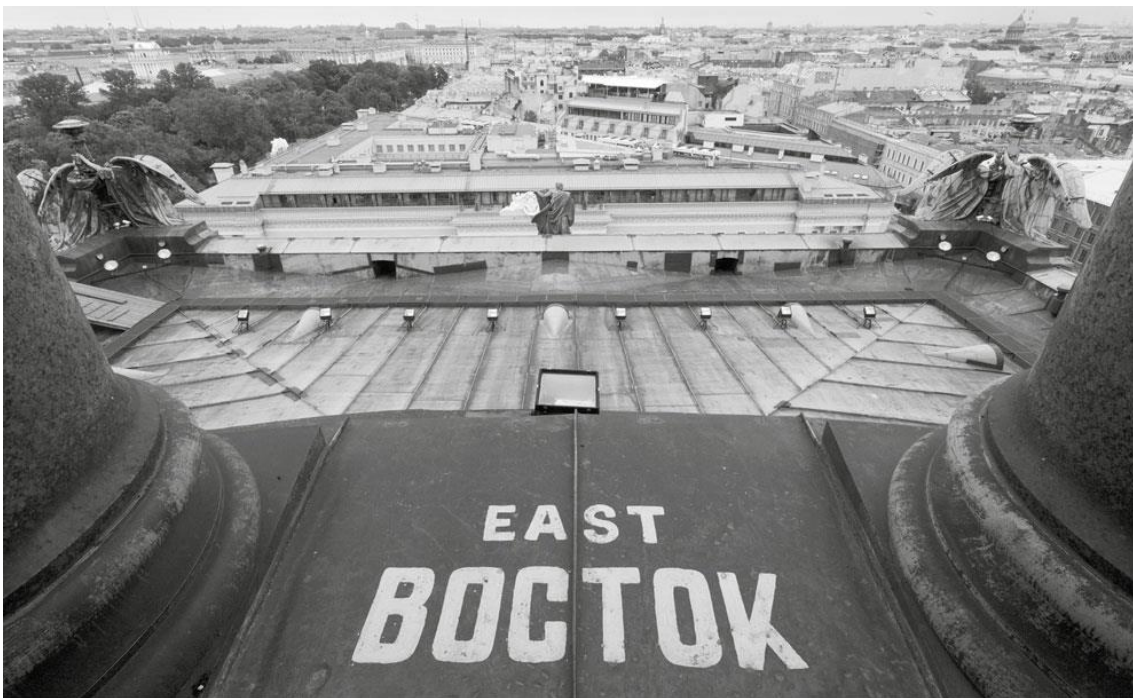
Buceo

Ahora que lo pienso, llevo más de una década traduciendo un libro tras otro, aunque no elegí ser traductora, o al menos no a perpetuidad. Sin pronunciar un sí categórico, se decidió mi rumbo. A menudo las cosas suceden así. Parece que todo conspira para empujarte en una dirección. Decides y sueltas amarras sin ser consciente de que has quemado las naves, de que no hay vuelta atrás. Quería vestirme el traje de ese oficio que parecía hecho a mi medida. Daba la impresión de sentarme como un guante, no preveía encorsetamientos futuros. ¿Una profesión que me permitía trabajar por cuenta propia, estar rodeada de libros y tener un ordenador portátil a modo de oficina, con libertad plena para viajar? No es casual, decía Serguéi Dovlátov, que todos los libros tengan forma de maleta. En todo conviene medida, pero ¿quién, de joven, no ha ido detrás de cualquier pasión que lo dominara y no ha desdeñado la virtud de ir midiéndolo todo con una cinta métrica?

Cuesta aprender que las pasiones, todas sin excepción, tanto las bajas como las elevadas, al principio son dóciles para quienes las cultivan; más tarde, se convierten en nuestras imperiosas dueñas. Gógol tenía razón: todo lo que habita en nosotros acaba transformándose de raíz y, antes de que nos dé tiempo siquiera a pestañear, habrá crecido en nuestro interior un horrible y despótico gusano que absorberá hasta la última gota de nuestra savia. Solo quien se ha curtido en numerosas travesías sabe atajar el mal en sus comienzos.

Un día, desde la precariedad de mi mesa de becaria en una agencia de Barcelona, escribí a Jorge Herralde y me ofrecí como traductora de ruso para su editorial. Estudiaba las últimas asignaturas de Filología Eslava —hoy ya una carrera inexistente— y no veía la hora de sacudirme el polvo de las aulas universitarias. No era mi primera licenciatura, antes había obtenido la de Humanidades, una temporada de la que recordaba con nostalgia el curso pasado en Cagliari, en la isla de Cerdeña, con una beca Erasmus. Como la Génova del traductor, poeta y crítico literario Giorgio Caproni —recordado, entre otras cosas, por sus traducciones al italiano de Proust, Céline, Baudelaire o Cendrars—, Cagliari es luminosa, vertical, etérea, de torres históricas, de cruceros, portuaria, húmeda. Para ir a la universidad, tenía que cruzar el empinado barrio de Castello, ceñido por murallas y baluartes de piedra. Al caminar por los vicoli, atraía mi atención la ropa tendida que aleteaba sobre mi cabeza. Acompañaban mi paseo las voces de los vecinos que, con las ventanas abiertas, hablaban entre sí en italiano o en esa lengua sarda que tomó palabras del catalán. Milena Agus, una de las escritoras de la nueva ola literaria sarda, comentó en La

imperfección del amor la idiosincrasia del barrio de Castello: «Un lugar donde los ricos y los pobres, los intelectuales y los ignorantes viven en el mismo edificio y no es difícil enterarse de los asuntos ajenos». Esta escritora genovesa —hija de emigrantes sardos, que regresó de niña a la isla y tiene Cagliari por su ciudad— califica esta urbe de «ligera» por su carácter poco exhibicionista, por el mar sobre el cual se eleva y por su condición de superviviente. Señala que fue el núcleo urbano más bombardeado, después de Dresde, durante la Segunda Guerra Mundial, y que, tras coser sus heridas, después de que la abrieran en canal, ahí sigue erguida con dignidad. Descubrió esa cualidad, casi inmaterial, de su tierra en el libro *Viajar ligero*, de Gabriele Romagnoli. En él, el escritor boloñés reconoce su predilección por las ciudades que no camuflan las señales, cicatrices y prótesis, las que pasaron por el fuego purificador de la historia y se quemaron con la experiencia, hayan aprendido algo o no, pues ahí están otra vez en pie para enseñarnos algo.



San Petersburgo desde el mirador de la catedral de San Isaac © Marta Rebón

D. H. Lawrence captó esa misma cualidad etérea de Cagliari en *El mar y Cerdeña* (1921), que arranca con este inicio fulgurante: «Te sobreviene una absoluta necesidad de moverte. Y, aún más, de ponerte en marcha en una dirección determinada. Una doble necesidad, por lo tanto: moverte y saber adónde». En este diario de viaje el escritor inglés narró un periplo de nueve días, junto con su mujer Frieda, a la isla italiana.



Ilustración de Jan Juta para la cubierta de la primera edición de *Sea and Sardinia* (1921), de D. H. Lawrence. Wikipedia Commons

Al aproximarse en barco a la costa, divisó la capital sarda, una ciudad desnuda que se elevaba abrupta y dorada hacia el cielo: «Es como una visión, un recuerdo, algo que ha pasado. Imposible que se pueda pasear de veras por esa ciudad». En perpetua fuga de los lugares masificados, visitó ese rincón del Mediterráneo para ver si merecía la pena establecerse allí. Cerdeña parecía un territorio desgajado del tiempo, impasible a la cadena de acontecimientos que ocurrían más allá de sus fronteras y del abrazo del mar. Enseguida lo atrapó el deseo de vagabundear por sus sobrios paisajes y se dio cuenta de que no había motivo para anclarse a nada. Fantaseó con la posibilidad de un viaje interminable, con una vida en vuelo, en el temblor del espacio, para desasirse de una tierra fatigada que ya no tenía respuestas para el alma. De vuelta en Taormina, tardó poco más de un mes en escribir el primer borrador del libro y decidió que su texto fuera acompañado de imágenes fotográficas. Para su desesperación, fracasó en sus reiterados intentos de adquirir material y, descartado su plan inicial, optó por una colaboración con el joven pintor sudafricano Jan Juta, que se trasladó a la isla para cumplir con el encargo. El resultado fueron ocho llamativas ilustraciones en color que parecen carteles expresionistas.



Mapa con el recorrido de D. H. Lawrence por Cerdeña, incluido en la primera edición de *Sea and Sardinia* © The Internet Archive/American Libraries

Pero regresemos a Barcelona. Una inmersión de varios meses en el mundo laboral de las prácticas en empresas me bastó para entender que yo, «pobre barquita entre olas enfurecidas» —como se calificaba a sí mismo Chíchikov, el protagonista de *Las almas muertas*—, estaba abocada a naufragar en aquella vorágine. También me batí el cobre en una agencia de traducción especializada en catálogos de arte y como correctora de estilo en un magacín digital que enarbolaba la chabacana bandera de la «rabiosa actualidad» y decretaba cuáles eran «LOS EVENTOS QUE NO TE PUEDES PERDER». Luego trabajé de azafata para los actos que se celebraban en el Saló de Cent del Ayuntamiento de Barcelona (donde presencié con estupefacción el despilfarro institucional). Hice lo mismo, lo de vestirme el uniforme de azafata y calzarme unos altos zapatos de salón, para ferias, congresos y eventos de todo tipo (eran épocas de buenos ingresos, incluso para quienes nos encargábamos de recibir y atender tutti quanti). Fui camarera e incluso gogó de discoteca. Hoy, cuando lo recuerdo, me pregunto con extrañeza: ¿de veras era yo?

Herralde me citó en el despacho de su editorial, en el corazón de Sarrià, a cuatro paradas de ferrocarril de la plaça Molina, donde está la casa de mi padre. En el trayecto aproveché para leer unas páginas de *El viaje*, de Sergio Pitol. Es una mezcla de semblanzas, recuerdos y ensayos en que el autor mexicano cuenta un trayecto de ida y vuelta de Praga a la Unión Soviética, sumida en la perestroika. En este libro, segunda entrega de su trilogía de la memoria inaugurada con *El arte de la fuga* y cuyo



colofón es El mago de Viena, convierte en una apasionante lectura ese viaje, uno más de los muchos emprendidos por este escritor que empezó a vagar por el mundo cuando aún no había cumplido los veinte. Trabajó de traductor, agregado cultural y embajador con el asombro intacto en la mirada. En palabras de Herralde, El viaje es un homenaje a la literatura rusa que con tanta pasión ha divulgado este eslavista con dos ángeles tutelares, Chéjov y Gógol.

Después de las presentaciones, me propuso sin más preámbulos que le nombrase a algún escritor ruso cuyas novelas quisiera traducir. Yo, que me esforzaba en derrochar aplomo, contesté enseguida:

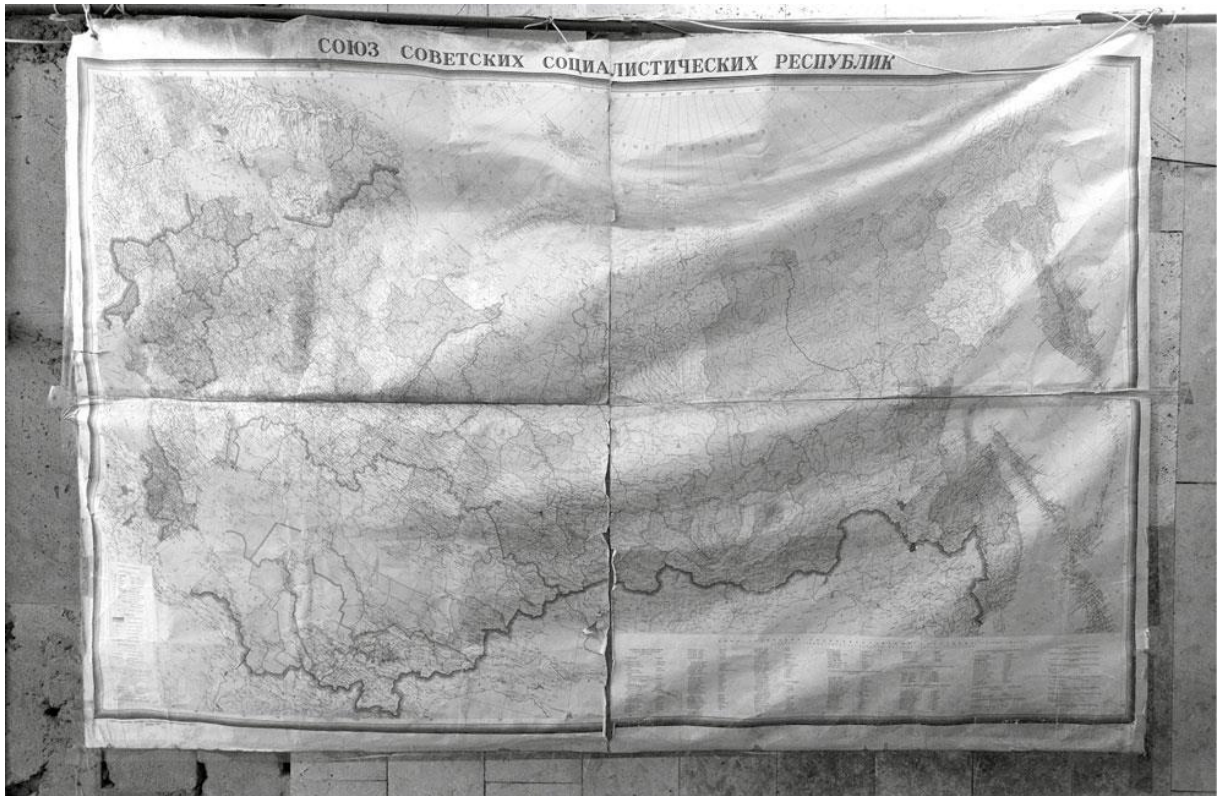
—Serguéi Dovlátov... Liudmila Ulítskaya...

—Y si fuera una cuestión de vida o muerte... Si tuvieras que quedarte solo con uno... ¿A quién de los dos elegirías?

—A Ulítskaya.

Lo decidí así de expeditiva para mi sorpresa, pues llevaba varias semanas viéndomelas por mi cuenta con la traducción de las primeras páginas de Zapovédnik. En esta novela, que en español se ha traducido, según la versión, por El retiro y La reserva nacional Pushkin, Dovlátov narró sus peripecias ejerciendo de guía turístico, antes de exiliarse a Estados Unidos en 1978, en la reserva-museo de Pushkin, cuya sede es la finca Mijáilovskoe que el célebre poeta heredó en la región de Pskov, próxima a la frontera con Estonia. En esa tarea, la de traducir el libro del escritor de Leningrado, me ayudaba la mujer de un profesor ruso recién aterrizado en Barcelona que daba clases en la facultad de Filología, junto al edificio de estilo neomedieval de la plaça de la Universitat.

Y así fue como se me presentó la oportunidad de traducir sin apenas experiencia tres libros de esa genial escritora. Ulítskaya, bioquímica de formación, cuando era una joven empleada de un laboratorio de genética en Moscú, durante la época de Brézhnev, fue descubierta leyendo literatura clandestina y mecanografiándola para distribuirla libremente, sin censuras, en formato de samizdat (autopublicación). Todo un símbolo de la cultura europea, el samizdat surgió como respuesta a la represión soviética a finales de la década de 1950 y creó una comunidad lectora paralela a la de la literatura oficial. Quien ejercía esta práctica movido por un compromiso ético se arriesgaba a acabar entre rejas, en campos de trabajo o en clínicas psiquiátricas. Esta es la actividad disidente a la que se entregan los protagonistas de La carpa verde, una de las últimas novelas de la autora. Constituye un homenaje a los shestidesiátniki, jóvenes progresistas de la generación de la década de 1960 que se opusieron a las restricciones culturales e ideológicas del Partido Comunista. En el caso de Ulítskaya, sus superiores, temerosos de que clausuraran el laboratorio, la despidieron alegando que era necesario efectuar una reducción de personal. Su interés por la ciencia quedó entonces relegado a un segundo plano y se dedicó a la literatura. Su prosa, muy presente en el panorama cultural ruso desde la década de 1990, no ha dejado de ganar lectores más allá de sus fronteras por su originalidad y la redondez de sus personajes, lo que le ha valido el sobrenombre de «la nueva Chéjov».



«Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas», Moscú © Marta Rebón

En realidad, yo veía la traducción como la antesala de la escritura. Quería escribir sin saber del todo bien de dónde venía ese interés y si solo obedecía a una temprana afición a la lectura. Dijo George Orwell que los libros que leemos en la infancia crean en nuestra mente una suerte de falso mapamundi, una serie de países fantásticos a los que podemos acudir en busca de refugio durante el resto de nuestra vida. Entendía, pues lo había experimentado frente a la hoja en blanco, que ponerse a escribir sin haber acumulado vivencias, lecturas y horas malgastadas carecía de sentido. Me apetecía viajar. Mucho más tarde leería unos versos de Elizabeth Bishop en los que se preguntaba si es la falta de imaginación lo que nos empuja a ir a lugares imaginados, en vez de quedarnos en casa. Lo que a mí me seducía del viaje, no obstante, era más bien esta idea de Rilke: «Para dar a luz un solo verso hay que haber visto muchas ciudades, hombres y cosas, hay que conocer los animales, hay que sentir cómo vuelan las aves y saber con qué ademán se abren las flores pequeñas al amanecer». De entre todos los tópicos literarios, pocos me atraen tanto como el del homo viator, el hombre como viajero. El que viaja suele sentir la necesidad de escribir el viaje y de homo viator pasa a homo scribens. ¿Es que no son con frecuencia sinónimos? ¿Acaso el mundo no es un texto que aguarda nuestra interpretación? En la Antigüedad el individuo descubría su verdad, dice Claudio Magris, atravesando el mundo. Mediante su confrontación con él, esa verdad, al principio solo potencial y latente, se traducía en realidad.



Máquina de escribir expuesta en la casa de Nabokov, San Petersburgo © Marta Rebón

Bruce Chatwin, el infatigable escritor de viajes cuya vocación literaria estaba íntimamente ligada a ese mal, según Pascal, de no ser capaz de estarse tranquilamente sentado a solas en una habitación, se preguntaba por qué los hombres vagan por la tierra en lugar de quedarse quietos. El inglés, que en un lúcido autodiagnóstico confesó padecer eso que Baudelaire llamaba la gran *maladie*: *horreur du domicile*, recogió en *Anatomía de la inquietud* una reflexión del historiador árabe Ibn Jaldún acerca de la inocencia original que persigue el viajero: «Los nómadas están más cerca del mundo creado por Dios y más lejos de las costumbres censurables que han infectado los corazones de los asentados».

He traducido al español y al catalán un buen número de títulos, casi todos de narrativa eslava. Muchos de ellos tienen una extensión fabulosa, pues la literatura rusa no se caracteriza precisamente por su brevedad. Cuando empecé a pasar textos literarios de una lengua a otra, ignoraba que ocuparse de traducir libros es como enfundarse a diario el mono de buzo. Hay que sumergirse en las profundidades de una voz ajena que, si es lo suficientemente embriagadora, sugestiva e inteligente, logra hundirte en una placentera suspensión del tiempo, como si flotaras en una suerte de líquido amniótico. Si emerges a la superficie antes de lo previsto, la sensación es de un acusado malestar. Los enemigos de la inmersión son los ruidos, las llamadas y los estímulos externos que te expulsan violentamente de ese estado de ingravidez. En la ascensión vertiginosa se produce una brusca descompresión. El traductor es un escafandrista, un hombre rana que, pertrechado de diccionarios a modo de linterna y

de fusil submarino para alumbrar y cazar palabras, trabaja en las entrañas de un mar de letras, perdido en remolinos de frases o sumido en un pozo de dudas. Lleva zapatos con suelas de plomo y un cinturón de lastre para no asomar fácilmente al exterior. Poco a poco va adquiriendo esa intuición que lo convierte en un ser anfibio más hábil, capaz de adaptarse, con mayor o menor suerte, a toda clase de textos.

Durante años disfruté de los chapuzones diarios en las alborotadas aguas de las letras rusas. Buceaba a pulmón libre, con la felicidad de quien presta plena atención a lo que hace, casi con espíritu deportivo. Decía Tolstói que el secreto de la felicidad no está en hacer siempre lo que se quiere, sino en querer siempre lo que se hace. De vivir hoy el venerable barbudo, no cabe duda de que podría ser un exitoso gurú del mindfulness o un terapeuta especializado en constelaciones familiares, pues es de sobra conocido que a Tolstói le interesaba el tema de la felicidad, sobre todo en el contexto doméstico. Basta con recordar el incipit de Anna Karénina, en que constata la homogeneidad de los matrimonios felices y la heterogénea diversidad de los desdichados. Como lectores, no se nos antoja muy atractivo ese modelo de felicidad monótona.

De joven Tolstói escribió una nouvelle titulada La felicidad conyugal, centrada en una historia de amor, lejos de las tramas cruzadas y de las epopeyas históricas que caracterizan sus principales novelas. Narrada en primera persona desde el punto de vista de un personaje femenino, en un interesante ejercicio de imaginación empática sin parangón en la narrativa del autor ruso, traza la odisea espiritual de una joven de dieciséis años llamada Masha a lo largo de casi un lustro de relación y de matrimonio con un hombre de mediana edad, su tutor. Cansada de vivir en el campo, donde mata el tiempo con lecturas, recitales de piano y paseos por la naturaleza, se traslada con su marido a San Petersburgo. Allí cae rendida ante la vida mundana, lo cual irá abriendo una brecha cada vez más profunda en la pareja. La maternidad y la progresiva desilusión por las veladas sociales la harán despertar y descubrirá que su ideal es el matrimonio, la vida en el campo y la música. El texto, inspirado en una experiencia del novelista con una joven con la que no llegaría a casarse, presenta, en modo embrionario, elementos clave de su obra revestidos de puritanismo: el ideal de la mujer centrada en el hogar, la vida plena en el campo frente a las perversas costumbres de la ciudad y la felicidad genuina hecha de sacrificio: «Tú sacrificas y yo sacrifico. Una lucha de generosidades. ¿No es eso la felicidad conyugal?».

Felicidad hecha de sacrificio... Lucha de generosidades... Algo de eso hay también en el trabajo de los traductores, una suspensión de la propia voz para ponerla al servicio de un autor. Vladimir Dimitrijević, librero suizo de origen serbio y fundador de la mítica editorial L'Âge d'Homme, descubridor de escritores rusos como Vasili Grossman en Occidente, definía la tarea del editor con estas palabras: «transbordador» y «jardinero». Comenta el editor, escritor y traductor Roberto Calasso que, para un oído poco experto, pueden parecer signos de modestia, aunque revelan la mayor de las ambiciones. «Tanto el transbordador como el jardinero tienen que ver con algo que preexiste: un jardín y un viajero al que transportar.» Para mí esos conceptos son aplicables al trabajo de los traductores. Ortega y Gasset hizo un flaco favor a estos últimos cuando escribió que suelen ser personajes apocados que, por timidez, han escogido tal ocupación. Aunque añadió: «En el orden intelectual no cabe faena más humilde. Sin embargo, resulta ser exorbitante». Edith Grossman, que ha vertido al inglés obras como El Quijote o El amor en los tiempos del cólera, se pregunta po ...